

Por eso me hice docente: historias y narrativas del magisterio

Clemencia Gutiérrez Camacho*

Mi historia en la docencia no comienza en un aula, sino en una inquietud más profunda: la necesidad de comprender y transformar el mundo a través de la palabra, del pensamiento y del encuentro con otros. Elegí ser docente no como un destino casual, sino como una decisión ética y vital que se ha ido reafirmando a lo largo de más de tres décadas de trabajo universitario y más de veinte años frente a grupos de la Licenciatura en Sociología y de la nivelación en Trabajo Social, ambas del CUCSH (Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara). En este trayecto, las tutorías han sido un eje fundamental de mi labor, al permitirme acompañar de manera más cercana los procesos académicos y personales de mis estudiantes.

En la primera he impartido cursos de formación básica obligatoria, como los talleres de Titulación I y II; asimismo, en el área de formación especializada selectiva, el curso Introducción a los estudios culturales y en el área optativa abierta, Estudios sobre la emisión y Sociología de la religión. En la segunda, he participado en el Módulo II: Conocimiento de la realidad, adscrito al Departamento de Desarrollo Social.

Mi formación académica a nivel de maestría en Comunicación por la Universidad de Guadalajara consolidó una mirada crítica y reflexiva sobre los procesos sociales, culturales y educativos. Desde entonces comprendí que enseñar no podía limitarse a la transmisión de contenidos, sino que debía asumirse como una práctica situada, histórica y profundamente humana. Esta formación no sólo me brindó herramientas teóricas y metodológicas, sino que también fortaleció mi conciencia sobre la responsabilidad social del conocimiento y del ejercicio docente, especialmente en el contexto de la universidad pública.

Inicié mi trayectoria en la Universidad de Guadalajara desde espacios que no estaban directamente vinculados con la docencia. Este recorrido me permitió conocer la institución desde dentro, entender su funcionamiento, sus dinámicas y sus tensiones. Fue ahí donde comprendí que la universidad no es únicamente un espacio académico, sino un entramado vivo de relaciones, decisiones y posibilidades, donde convergen trayectorias diversas.

Con el tiempo emergió con claridad mi vocación docente. Descubrí que enseñar no era sólo una actividad profesional, sino una forma de habitar el mundo. La enseñanza me ofrecía la posibilidad de dialogar, de acompañar procesos formativos, de cuestionar certezas y de abrir horizontes. También me permitió reconocermé como parte de una comunidad académica comprometida con la formación de nuevas generaciones.

Llevo más de veinte años impartiendo cursos en educación superior y cada generación ha sido distinta. He confirmado que la docencia es, ante todo, una relación humana. Como bien señala Paulo Freire (1997), “quien enseña aprende al enseñar y quien aprende enseña al aprender”. Esta idea ha marcado profundamente mi práctica: el aula no es un espacio unidireccional, sino un lugar de intercambio, construcción y transformación mutua. En este mismo sentido se ha señalado que cuando uno enseña, aprenden dos (Heinlein, 1973), lo que refuerza la idea de una relación pedagógica recíproca.

Mi práctica se ha construido desde un enfoque crítico y reflexivo. He procurado que el aula sea un espacio donde se cuestione lo dado, se problematice la realidad y se reconozca la complejidad social. En este sentido, formar estudiantes implica también formar sujetos capaces de pensar, interpretar y actuar en su contexto, con responsabilidad social y sentido ético.

Los cambios en la educación superior han sido constantes, pero particularmente la pandemia representó un punto de inflexión. Nos obligó a reinventarnos, a incorporar tecnologías digitales y a replantear nuestras formas de enseñar. Fue un periodo complejo, marcado por la incertidumbre, pero también profundamente formativo. Aprendimos a acompañar desde la distancia, a desarrollar nuevas estrategias pedagógicas y a fortalecer la comunicación con los estudiantes en contextos adversos.

En este proceso comprendí que el lado más humano del docente es fundamental: entender los periodos críticos que atraviesan los estudiantes, reconocer sus contextos y sostenerlos en momentos de incertidumbre. La enseñanza no es sólo transmisión de conocimiento; es también empatía, escucha, presencia y acompañamiento.

He incorporado herramientas tecnológicas, rediseñado actividades y aplicado estrategias inclusivas como el Diseño Universal para el Aprendizaje. Estas experiencias han enriquecido mi práctica, pero también han reafirmado que ninguna tecnología sustituye el vínculo humano que se construye en el aula.

Uno de los momentos que más disfruto es cuando mis estudiantes presentan sus trabajos finales. Es un instante de síntesis y reconocimiento, donde se materializa el esfuerzo compartido. Ahí se hacen visibles los procesos de aprendizaje, las dudas superadas y las habilidades desarrolladas. Lo he dicho muchas veces: me encanta mi trabajo, me encanta la docencia. Y lo confirmo cada vez que veo a mis estudiantes concluir sus procesos formativos.

Me llena de orgullo cuando me invitan a sus actos académicos, cuando los veo realizados y satisfechos por una meta cumplida, y cuando continúan su formación en estudios de posgrado. En esos momentos comprendo que la docencia trasciende el aula: permanece en sus trayectorias, en sus decisiones y en sus logros personales y profesionales.

Desde la investigación, he vinculado mi práctica docente al incorporar a mis estudiantes como asistentes en mis proyectos. Esta experiencia ha sido particularmente significativa, ya que permite articular la enseñanza con la producción de conocimiento. Me enorgullece verlos presentar sus trabajos en semilleros de investigación, abordando procesos sociales, simbólicos y narrativos.

En este sentido, la narrativa se convierte en una herramienta clave para comprender la experiencia educativa. Jerome Bruner (1991) plantea que el ser humano organiza su experiencia a través de relatos, mientras que Paul Ricoeur (1996) sostiene que la identidad se construye narrativamente en el tiempo. Asimismo, Donald Schön (1983) subraya la importancia de la reflexión sobre la práctica e Ivor Goodson (2004) destaca el valor de las historias de vida del profesorado para comprender los procesos educativos. Estas perspectivas dialogan directamente con mi experiencia en el aula, donde enseñar también implica narrar, dar sentido y contribuir a la construcción de identidades.

Ser docente en la universidad pública implica también enfrentar desafíos institucionales. He vivido tensiones, cambios administrativos y situaciones complejas que forman parte de la dinámica universitaria. Sin embargo, estas experiencias han fortalecido mi compromiso con una práctica ética, digna y centrada en el estudiante.

He aprendido a sostenerme desde la profesionalidad, a cuidar mi equilibrio emocional y a mantener claridad en mi propósito. Enseñar

también es resistir, pero desde una resistencia serena, consciente y firme, que permite continuar sin perder el sentido del quehacer educativo.

La docencia es un proceso inacabado. Siempre se está aprendiendo, siempre se está transformando. Cada generación interpela, cuestiona y obliga a renovarse, lo que convierte la enseñanza en una práctica dinámica y en constante evolución.

Hoy, después de treinta años en la universidad, puedo afirmar que esta elección ha sido una de las decisiones más importantes de mi vida. No solo me ha dado un camino profesional, sino un sentido profundo de vida y una forma de estar en el mundo.

La Universidad responde a formar estudiantes; para ello, está el docente, y nos debemos a ellos. Esta afirmación implica una gran responsabilidad: formar no es sólo enseñar contenidos, es acompañar procesos, abrir posibilidades y contribuir a la construcción de futuros.

En este sentido, la docencia es también una práctica narrativa. En cada clase se construyen historias, se generan sentidos y se configuran trayectorias. Enseñar implica participar activamente en la construcción de sujetos.

Mi labor no termina en el aula. Permanece en cada estudiante que continúa su camino, que decide seguir formándose y que transforma su entorno.

Por eso, cuando digo que me encanta mi trabajo, lo digo con certeza. Es la síntesis de una vida dedicada a enseñar y aprender, a acompañar procesos y a construir sentido.

Por eso me hice docente. Y por eso, volvería a elegirlo.

Referencias

- Bruner, J. (1991). *Actos de significado*. Madrid: Alianza.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía*. México: Siglo XXI Editores.
- Goodson, I. (2004). *Historias de vida del profesorado*. Barcelona: Octaedro.
- Heinlein, R. A. (1973). *Time Enough for Love*. New York: G. P. Putnam's Sons.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI.
- Schön, D. (1983). *The Reflective Practitioner*. New York: Basic Books.

*Maestra en comunicación. Profesora del CUCSH de la UdeG.
clemencia.gutierrez@academicos.udg.mx